

Introducción: José María Arguedas, mirada abierta¹

Pues es nuestra mirada la que muchas veces encierra a los demás en sus pertenencias más limitadas, y es también nuestra mirada la que puede liberarlos.
Amin Maalouf (1998: 33)

Que una obra permanezca en la emoción de quienes la leen, en otros tiempos y contextos distintos a aquellos en los que se creó, es parte de la complicidad sentimental, gozosamente inexplicable, que se establece en ocasiones entre la creación y quienes la recibimos. José María Arguedas (1911-1969), indudablemente, es uno de esos casos excepcionales.

Cuando, a mediados del siglo xx, Arguedas escribió textos tan formidables como *Los ríos profundos* (1958), *Todas las sangres* (1964) o *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971, póstuma), resultaba

1. Gracias a Chema Rodríguez, por inspirarme para hacer este viaje apasionante, sin duda el más especial de los que he realizado sobre la obra de Arguedas. A Sybila Arredondo de Arguedas, Carolina Teillier, Inti Briones y Sebastián Teillier, por el apoyo constante, la ayuda y el cariño de siempre. A Javier Corcuera, Claudia Llosa y Gabriela Yepes, por ayudarme, conversar y regalarme su tiempo con tanta generosidad. A Carmen María Pinilla, Rodrigo Portales, Mónica Delgado, Cristhian Esquivel, Carmen Escalante, Marta Paola Jorge y Delfina Paredes, por las pistas, los aportes y la colaboración amistosa. A Gabriela Martínez, por confiar en mí y compartir un material de enorme valor. A Ariel Dorfman y Antonio Skármeta, por la amabilidad y el afecto arguediano. A José María Arguedas, que sigue y seguirá siendo. A mi madre y a mi hermano, por compartirlo todo, y a mi padre, *kachkaniragmi*, siempre.

complicado comprender la dimensión del logro de esa narrativa, ese lenguaje que es abrazo entre lenguas y culturas, libertad y sentimiento creador. La obra de Arguedas era en ese momento el ejemplo más destacable de transculturación narrativa en la literatura latinoamericana. Lo sigue siendo.

Arguedas resumaba verdad del corazón, complejidad humana y valentía para indagar y tratar de entender el mundo que le rodeaba. Buscó, sufrió, vibró, indagó en el fondo de sí mismo y en la realidad de su tiempo para crear un lenguaje narrativo siempre vivo, en marcha, que sirviera para contar sus historias. Su obra avanzaba hacia el futuro, hoy un presente en el que se le sigue leyendo con respeto, con emoción, con asombro agradecido por la sinceridad de un autor a pecho descubierto.

En el año 2011, con motivo del centenario de su nacimiento, se celebraron diversos actos culturales no solo en su Perú natal, sino también en todo el mundo. Se le recordó y se le reivindicó. Y se avivaron debates en torno a su legado, pues, para entender realidades y complejidades que nos circundan, toda la obra de Arguedas se revela como interlocutora que estimula la reflexión y que aporta caminos para pensar la contemporaneidad de los encuentros entre culturas y las identidades surgidas de los mismos.

Arguedas hizo frente a las tensiones interculturales con la emocionalidad y el conocimiento hospitalario. Comprendió que no se trata de subsumir o neutralizar las diferencias en un todo coherente, sino de respetar y dar voz a la multiplicidad polifónica y encontrada, sin dejar de poner énfasis en la matriz cultural marginada por el desequilibrio de poder. Así, la narrativa y el pensamiento transcultural de Arguedas apuntaron siempre al orden de la disidencia y la innovación. No apostaba por una simplificadora función sincrética, sino que creía que las alteridades podían coexistir y que la interacción podría ser una vía de enriquecimiento, de creación de caminos, tanto en el arte como en la vida.

Desde esa creencia, Arguedas trató de describir y representar la sociedad, en su caso el Perú, en toda su compleja diversidad y con todas sus contradicciones, sin marginalizar o excluir a ningún grupo, sin simplificar lo humano; siempre prestando especial atención

precisamente a quienes solían ser desterrados: los indígenas, los mestizos, la cultura popular...

En gran medida, el esfuerzo y el logro creativo de Arguedas es el de traducir un universo cultural orillado y tratar de darlo a conocer en el centro. Como Sybila Arredondo de Arguedas (2010: 15) explica:

Pienso que José María sentía, vivía, expresaba al pueblo indígena, al campesinado, como no lo ha hecho otro intelectual peruano. José María tiene que ver con un periodo de la historia del Perú relacionado con una nación que se está formando: “Y el camino no tenía por qué ser, ni era posible que fuera únicamente el que se exigía con imperio de vencedores, expoliadores, o sea: que la nación vencida renuncie a su alma, aunque no sea sino en la apariencia, formalmente, y tome la de los vencedores, es decir que se aculture” (Arguedas, 1968: 257).

Sin duda, Arguedas superó el indigenismo narrativo que se elaboró antes, durante y después de él, trascendiéndolo con amplitud, ejerciendo ante todo una labor de traductor y mediador intercultural de la esfera indígena y mestiza, reivindicando su creatividad, su historia, su supervivencia, su presente y su futuro. Su dignidad.

Arguedas es, sigue siendo, ejemplo inmejorable de transculturación narrativa y vital. En ello reside, en parte, su vigencia en el mundo actual, donde resulta tan necesario apostar por la comunicación intercultural como vía de diálogo y coexistencia. En este sentido, merece la pena recordar las palabras de Pascale Casanova (1999: 70), cuando apunta que

[...] el país de la literatura no es la isla encantada del mestizaje y del multiculturalismo, del acceso ilusorio de todas las culturas al reconocimiento universal: es un territorio desigual en el que los más desfavorecidos literariamente son sometidos a una violencia invisible. La literatura universal es hoy asunto de rebeldes y de revolucionarios que consiguen subvertir la ley literaria y conquistar, a través de la invención de formas nuevas, su libertad de escritores.

Arguedas es uno de esos rebeldes. Las diferentes escalas de su obra plantean una fabulosa búsqueda siempre hacia delante, con valentía, desde los primeros relatos hasta la impresionante *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971, póstuma). Todos y cada uno de sus

textos, en especial, las novelas, son un paso al frente, una evolución, un desafío a la búsqueda formal y narrativa a la que se abocó sin ambages. De alguna manera, toda su obra se impregna de futuridad, como bien supo ver Martin Lienhard (1980), constituyendo una apuesta a largo plazo, que por ello sigue presente.

Así, la aportación de Arguedas en su conjunto es un camino abierto a la reflexión, continuamente viva, para entender la dinámica de la comunicación intercultural, la supervivencia de la cultura popular, la transculturación como forma de vida, en Perú y en cualquier otra latitud donde la diversidad sea cotidiana. Y eso sucede cada vez más en este mundo globalizado de encuentros, desencuentros e interacciones a diversos grados de profundidad.

Arguedas siempre confió en que, algún día, la coexistencia dialógica y cooperativa, no egoísta, sería posible para “todas las sangres”. Opinaba que las culturas no son fácilmente avasallables (Arguedas, 1966: 89) y que, en los países latinoamericanos sustentados por una tradición indígena milenaria, como Perú, Ecuador, Bolivia, México o Guatemala, los sustratos culturales nutren a sus creadores de una originalísima convergencia de elementos prehispánicos y occidentales. Y él se propuso crear precisamente desde esa confluencia.

Arguedas hacía literatura de lo real, conocía de primera mano la cotidianeidad multicultural asimétrica que existía en su país; vivencialmente, como sujeto a caballo entre el centro (hispano, universitario, blanco) y la periferia (andina, popular, quechua, mestiza), al tiempo que como antropólogo buen conocedor de su oficio, siempre sobre el terreno. Y, en la observación de la propia realidad, Arguedas halló reductos de creación y comunicación intercultural: el desarrollo de la coexistencia de culturas y lenguas en las ciudades peruanas, no sin conflicto, pero posible.

La cultura indígena se transforma, pero en ningún caso desaparece: se transcultura, manteniendo ciertos rasgos, adoptando otros nuevos y creando a partir del encuentro. Alejado de cualquier “utopía arcaica”, Arguedas tenía los pies en la tierra, y, palpando la realidad, como observador participante y antropólogo curtido en los trabajos de campo, en la sierra y en la ciudad, siempre apostó positivamente por la posibilidad del encuentro, el diálogo.

Optimista y sensible quizás a partes iguales, Arguedas, que dijo escribir por amor, por goce y por necesidad, que dijo que no soportaba vivir sin pelear y sin hacer algo para dar a los otros (Arguedas, 1971, póstuma: 9), acabó por quebrarse, en un mundo que, finalmente, le dolía demasiado. Sin embargo, su fe imbatible en la cultura indígena y mestiza como fuente para la creación artística y su confianza en el encuentro de “todas las sangres” en el Perú, realmente en toda América Latina, siguen vivas en su obra, hoy más vigente que nunca.

Por fin, en 2012 se publicó la segunda parte de las obras completas de Arguedas, donde se hace acopio de toda su producción no literaria, ensayos sobre una multiplicidad de temas entre los que predominan la antropología y la etnografía, pero también la literatura, el folklore, la educación, la traducción, la artesanía, la crítica cultural y literaria, el ensayo social y político, la música, la danza, el arte... Reflexiones que nos ayudarán, en lo venidero, a visualizar más el panorama y el alcance del pensamiento arguediano y a abrir nuevas líneas de trabajo en torno a su obra.

Al tiempo, también recientemente se recuperó un extraordinario material fotográfico (inédito en gran parte) tomado por el propio Arguedas durante su trabajo de campo en Chimbote, en el transcurso de la preparación de *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971, póstuma), y que sugiere en sí una senda interesante que tiene relación directa con el monográfico que se plantea aquí: Arguedas y el cine. Sus fotos, de las que reproduzco una pequeña selección en este trabajo, revelan una faceta visual a la que merece la pena prestar atención y que seguramente sea desconocida para la gran mayoría.

De hecho, quizás no mucha gente sepa que Arguedas era un gran aficionado al cine. Él mismo apoyó y promovió la exhibición en Lima de la obra documental de los cineastas de la llamada “escuela del Cusco”, así como la grabación de fiestas andinas, para producir y conservar una memoria audiovisual de las mismas.

Con todo, las querencias cinematográficas de Arguedas pueden sorprender, puesto que, aparte de la cinematografía peruana de su tiempo, Arguedas disfrutó del cine de Akira Kurosawa y Claude Lelouch, como se describe en las siguientes páginas.

Asimismo, a lo largo del tiempo, y hasta la actualidad, se han desarrollado y se siguen desarrollando en el ámbito cinematográfico proyectos basados o inspirados en obras de Arguedas. Y su legado, sin duda, sigue siendo punto de referencia para la creación contemporánea.

Ante todo, Arguedas era “pura vida”, como lo definió Gustavo Gutiérrez.² Hoy, seguimos aprendiendo de un aporte, literario y humano, que, cuanto más tiempo pasa, más va asentándose y ocupando un lugar excepcional. Pues Arguedas, su magnífica transculturación narrativa y su actitud traductora y dialogante ante la vida y la creación vivieron con el tiempo a favor. Aunque él no lo supiera.

Y así, con el tiempo a favor, este libro quisiera, humildemente, abrir un pequeño camino que, ojalá, pueda ampliarse con informaciones que quizás todavía están por descubrir y con análisis más profundos.

En definitiva, este trabajo pretende hacer acopio de la vinculación de Arguedas y su obra con el cine, partiendo de tres ejes que articulan los contenidos:

1. Arguedas y el cine, en primera persona. En este primer bloque se da cuenta de la relación de Arguedas con el cine en todos aquellos aspectos que él mismo promovió y vivió. Esencialmente, me refiero a su relación con la escuela del Cusco, a películas que vio y fotografías que tomó, de las que se incluye una pequeña muestra. Para ello, he contado con la complicidad de familiares del escritor y los recuerdos que atesoran. Se reproduce, íntegramente, el artículo de prensa “Películas de gesta”, que Arguedas dedicó a la escuela del Cusco, así como la correspondencia que Arguedas remitió a los responsables de *Kukuli*, en gran parte inédita hasta la fecha. En este bloque se incluye asimismo una entrevista con Gabriela Martínez, buena conocedora de la labor de la escuela del Cusco. Al

2. En su emocionante conferencia plenaria en el marco del congreso “Arguedas: La dinámica de los encuentros culturales”, celebrado del 20 al 24 de junio de 2011 en la PUCP, en Lima.

tiempo, se aporta una pequeña reflexión en torno a la posible influencia narrativa del cine en la obra de Arguedas. Siendo un autor abierto a la interdisciplinariedad, no es extraño pensar que, junto a las lecturas que realizó, el cine pudo aportarle ideas narrativas que trasladar a sus propuestas literarias.

2. En un segundo bloque, se repasan las adaptaciones cinematográficas que se han hecho de cuentos y novelas del autor, o tomándolas como inspiración: *Diamantes y pedernales*, *Yawar Fiesta*, *Todas las sangres*, *El sueño del pongo*, *La agonía de Rasu-Ñiti*, y, recientemente, los relatos de *Agua*. En este apartado se incluye una entrevista con Gabriela Yepes, directora de *Danzak*, que considero la adaptación más lograda de un texto arguediano hasta el momento, y se referencian proyectos cinematográficos recientes, realizados o por realizarse, tomando la obra arguediana como referente en algún sentido.
3. Finalmente, se aborda la vigencia e influencia de Arguedas en la mirada de dos cineastas peruanos contemporáneos: Claudia Llosa, desde la ficción, y Javier Corcuera, desde el documental. Se incluyen entrevistas con ambos cineastas, de reconocida trayectoria internacional, que han manifestado en diversas ocasiones que la obra de Arguedas es uno de sus puntos de referencia. En el caso de Claudia Llosa, en sus películas *Madeinusa* y *La teta asustada*, y el cortometraje *Loxoro*. En el caso de Javier Corcuera, ya desde sus cortos documentales *El niño e Hijas de Belén*, pero muy especialmente en su largometraje documental *Sigo siendo (Kachkaniraqmi)*, hermoso homenaje a la música peruana en su conjunto, a la cultura, a la identidad... con una especial presencia de la figura de Arguedas. Ni Llosa ni Corcuera han realizado adaptaciones de obras de Arguedas, pero el pensamiento y la obra arguediana, su legado, son parte de su bagaje cultural, su educación, y, por tanto, su mirada.